



HOMENAJE A LOS CÓMICOS

Ana Prieto Nadal

Comedia con fantasmas

Marcos Ordóñez
Libros del Asteroide:
Barcelona, 2015
424 págs.

esqueleto fosforescente, y más tarde empezaría a ser conocido por el gran público como «el moreno que se muere en la de Cuba», por su papel en la película *Y volvían cantando*; en la obra teatral *Ricardito y yo* interpretaba a un fantasma que no se daba cuenta de que estaba muerto y no entendía por qué la gente no le dirigía la palabra. Gran metáfora, al cabo, de una profesión que se sustenta en éxitos tan fulgurantes como fugaces y asume olvidos definitivos. Tampoco es casual que el destino se le aparezca a Mendieta «como un señor bajito y cabroncete con la cara y el físico de don Pepe Isbert» (pág. 219), pues esta es la novela de los eternos secundarios.

Comedia con fantasmas rinde homenaje a los cómicos y se asoma a los entresijos de la escena de antaño, con sus compañías de repertorio y roles fijos, sus apuntadores y tramoyistas, sus trucos y boicots, sus dimes y diretes. En ella se cuentan las aventuras de una compañía teatral itinerante, así como la vida escénica de Madrid y Barcelona, y se reflejan las sucesivas modas y tendencias culturales y los inicios del cine. Desde un presente arrasado, donde apenas queda rastro del esplendor y la gracia de antaño, se evoca con enorme plasticidad y viveza un mundo que ya no existe, y se convocan referentes y personajes tanto reales como ficticios: artistas, críticos, espectáculos, salas, cafés, productoras. Especial tensión dramática adquieren algunos momentos cruciales de la vida de Mendieta: su participación en el frente de Usera; los espaciados y emotivos encuentros con la actriz Rosa Camino; la ruptura con Pombal y su última visión de él, muchos años más tarde, ya sumido en la miseria y la demencia; determinados puntos de inflexión en su amistad con Tanito Monroy; las noticias de la suerte que corrieron otros compañeros de profesión; algunos éxitos sonados, etc.

Con la misma aparente facilidad con que el buen cómico representa su papel, Marcos Ordóñez desgrana su virtuosa y fluida prosa, y su incomparable erudición; la novela, rebotante de humor, emoción y desgarró, con personajes definidísimos y diálogos brillantes, certeros y creíbles, se lee sin esfuerzo y con gran avidez, y ello en virtud de la ingente tarea de documentación, composición y lima que hay detrás. En eso precisamente, en que no se vean las costuras del trabajo, arduo, y la dedicación, intensa, consiste la *χάρη*, la gracia en estado puro. ●

■ PUBLICADA POR PRIMERA VEZ POR PLAZA & JANÉS (2002) y reeditada ahora por Libros del Asteroide, *Comedia con fantasmas* reúne lo mejor del oficio y la pasión de Marcos Ordóñez. En estas memorias ficticias, el cómico Pepín Mendieta relata sus peripecias y las de varias generaciones de artistas entre 1925 y 1985. Con sólo trece años entró como meritorio sin sueldo en la compañía itinerante El Gran Teatro del Mundo de Ernesto Pombal —trasunto de Enrique Rambal—, megalómano visionario que lo mismo montaba a Shakespeare que hacía comedias de magia y fantasía, y que, con sus artefactos teatrales, golpes de efecto y truculencias, fue capaz de ganarle terreno al cine y llegó a granjearse la admiración de Orson Welles. De Pombal y su fabuloso equipo —el administrador y factótum Tanito Monroy, el maquinista Joan Anglada, los ocho actores fijos, entre cabezas de cartel y característicos— aprendió Mendieta el oficio; fue electricista, apuntador, regidor, pedaleó en una bicicleta para mover las nubes por el ciclorama, sacudió la lámina de hierro con la que se fingían los truenos, etc. Después de abandonar la compañía, empezó a trabajar, casi por azar y por mero instinto de supervivencia, como actor de teatro y cine, y se labró una carrera como cómico.

La condición espectral que asumen mentores y amigos se explica por la naturaleza retrospectiva del relato. Tal como promete el título, la novela está plagada de fantasmas. Mendieta, que se hizo célebre por sus papeles de legionario juerguista, de pícaro castizo y de payaso serio, y que fue, en esencia, un actor cómico, un caricato, quedó convertido en prácticamente el último testigo de una época extinta, de un modo de hacer y vivir el teatro que forma parte del pasado. Por otra parte, ironías de la vida, su primer papel como actor fue en una comedia con fantasma titulada *¡Búuuu!*, donde se dedicaba a pegar sustos enfundado en un disfraz de